



JUDE  
DEVERAUX

*El color de la pasión*



# EL COLOR DE LA PASIÓN

*Jude Deveraux*

Traducción de Juanjo Estrella

Título original: *Scarlet Nights*

Traducción: Juanjo Estrella

1.ª edición: noviembre 2013

© Ediciones B, S. A., 2013

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

[www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com)

Depósito Legal: B. 25.482-2013

ISBN DIGITAL: 978-84-9019-647-2

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

# Contenido

[Portada](#)

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Agradecimientos](#)

## 1

*Fort Lauderdale, Florida*

—Creo que he dado con ella —anunció el capitán Erickson con voz forzada, haciendo lo posible por reprimir su alegría.

Estaban sentados a una mesa de picnic del Hugh Taylor Birch State Park, junto a la autopista A1A de Fort Lauderdale. Era una mañana de septiembre y empezaba a refrescar en el sur de Florida. Unas semanas más, y la temperatura resultaría deliciosa.

—Supongo que hablas de Mitzi —dijo Mike Newland, pues el día anterior el capitán le había hecho entrega de un abultado informe sobre la familia. Mizelli Vandlo era una mujer a la que llevaban varios años buscando diversos departamentos de policía, incluida la Brigada Antifraude de Fort Lauderdale, además del Servicio Secreto. Que se supiera, solo existía una fotografía de ella, tomada en 1973, y era de cuando tenía dieciséis años y estaba a punto de casarse con un hombre de cincuenta y uno. Ya entonces no era ninguna belleza y su rostro, de nariz grande y labios demasiado finos, no era de los que se olvidaban fácilmente.

Como el capitán no decía nada, Mike supo que se avecinaba un «caso de los gordos», e intentó por todos los medios no mostrar su desagrado. Acababa de resolverse un caso en el que él había trabajado como infiltrado y que le había llevado tres años, período durante el cual habían intentado matarlo varias veces.

Aunque Mike no había trabajado en el caso Vandlo, sabía que hacía algunos años se habían producido algunas detenciones importantes en la familia, todas en un mismo día,

aunque en ciudades distintas. Pero a Mitzi, a su hijo Stefan y a algún otro pariente —de los que sí poseían abundantes fotografías— les habían dado un soplo y habían conseguido escapar tranquilamente. Hasta hacía muy poco, nadie sabía dónde se ocultaban.

Mike sirvió en una taza el té verde que llevaba en un termo y se lo ofreció al capitán.

—No, gracias —lo rechazó él, negando con la cabeza—. Prefiero seguir con lo mío. —Y levantó una lata de algo lleno de aditivos y cafeína.

—¿Y dónde está? —preguntó Mike, con la voz más ronca que de costumbre. A menudo debía dar explicaciones por su ronquera, y, salvo excepciones, explicaba que era consecuencia de un accidente infantil, lo que era solo una verdad a medias. A veces incluso lo adornaba un poco más e inventaba historias de triciclos o accidentes de coche, según le diera ese día. Pero fuera cual fuese la historia, la voz de Mike intimidaba tanto como su cuerpo cuando pasaba a la acción

—¿Has oído hablar alguna vez de...? —Mientras el capitán rebuscaba un pedazo de papel en el bolsillo de la camisa, Mike se daba cuenta de que no era haber encontrado a Mitzi lo que lo tenía entusiasmado. En realidad, aquella era al menos la sexta vez que decían que habían dado con ella —. Ah, aquí está. —El capitán recorría el papel con la mirada—. A ver si logro pronunciar bien el nombre de este sitio.

—Checoslovaquia ya no existe —soltó Mike, muy serio.

—No, no, esto está aquí, en Estados Unidos. Por el norte.

—Jacksonville está «por el norte».

—Ya lo tengo —dijo el capitán—. Eddy no sé qué. Eddy... Lin.

—Eddy Lin es nombre de persona, no de sitio.

—Tal vez no lo digo bien. Dilo más deprisa.

Mike apretó la mandíbula. No le gustaba el juego al que intentaba jugar el capitán, fuera el que fuese.

—Edilean. No lo he oído en mi vida. ¿Y dónde dices...?

—Mike hizo una pausa, y aspiró hondo—. E-di-lean —repi-

tió en voz tan baja que el capitán casi no lo oyó—. Edilean.

—Eso es. —El capitán se guardó el papel en el bolsillo—. ¿Te suena?

A Mike empezaron a temblarle tanto las manos que no se atrevía a levantar la taza. Les pidió que se detuvieran, mientras hacía esfuerzos por relajar los músculos del rostro para impedir que aflorara el pánico que sentía. Solo le había contado a un hombre lo de Edilean, y de aquello hacía ya mucho tiempo. Si aquel hombre tenía algo que ver con el caso, iba a ser peligroso.

—Estoy seguro de que ya habrás averiguado que mi hermana vive ahí —dijo al fin, en voz baja.

La sonrisa del capitán se esfumó. Su intención era meterse un poco con Mike, pero le desagradaba ver que uno de los hombres a sus órdenes mostraba tan descaradamente sus emociones.

—Eso me han dicho, sí, pero este caso no tiene nada que ver con ella. Y antes de que me lo preguntes, nadie salvo el fiscal general y yo sabe que tu hermana vive ahí.

Mike intentaba mantener a raya los latidos de su corazón. A lo largo de su vida, muchas veces había tenido que hacer creer a gente que era quien no era, y había aprendido a mantener la calma a toda costa. Pero, en esas ocasiones, había sido su vida la que había estado en peligro. Si sucedía algo en la diminuta localidad de Edilean, Virginia, entonces lo que se veía amenazado era la vida de la única persona que le importaba: su hermana Tess.

—¡Mike! —exclamó el capitán en voz alta, antes de regresar a su tono habitual—. Vuelve a la tierra. Nadie sabe nada de tu pueblo, ni de ti, ni de tu hermana, y además ella está perfectamente. —Titubeó—. Deduzco que estáis bastante unidos...

Mike se encogió de hombros. La experiencia le había enseñado a revelar lo menos posible sobre sí mismo.

—Está bien, no me cuentes nada si no quieres. Pero conoces el lugar, ¿verdad?

—No he estado ahí en mi vida —respondió, forzando una sonrisa. Volvía a ser el de siempre, y le alegró ver que

el capitán fruncía el ceño. A Mike le gustaba ser el que controlaba la situación—. ¿Pero por qué no me cuentas de qué va todo esto? Me cuesta creer que en un pueblo tan pequeño como Edilean haya ocurrido algo malo.

«Al menos desde 1941», pensó, mientras unas cien imágenes se agolpaban en su mente, y ninguna de ellas, buena. Aunque era cierto que, en realidad, no había estado nunca allí, aquel lugar, y sus habitantes, habían marcado su infancia. No pudo evitar llevarse una mano al cuello al recordar aquel día, y a su abuela enfurecida, llena de odio.

—No ha ocurrido nada, al menos de momento —respondió el capitán—. Pero sabemos que Stefan está ahí.

—¿En Edilean? ¿Y qué pretende?

—No lo sabemos, pero está a punto de casarse con una chica del pueblo. —El capitán le dio un sorbo a su refresco—. Pobrecilla. Se crio en un rincón del mundo donde se venden tractores, y entonces llega él con sus maneras de hombre de gran ciudad y la seduce al momento. Así cualquiera.

Mike volvió la cabeza para ocultar su sonrisa. El capitán era originario del sur de Florida, donde había tiendas en todas las esquinas. Sentía lástima por la gente que tenía que usar palas de buena mañana para abrir caminos en la nieve y poder salir de su casa.

—Se llama Susie. O algo así. Empieza con ese. —Levantó el dossier que tenía a su lado, sobre el banco—. No, Sara. Sara...

—Shaw —se adelantó Mike—. Va a casarse con Greg Anders. Aunque deduzco que Greg Anders es, en realidad, el hijo de Mitzi, Stefan, ¿no?

—Pues la verdad es que sabes bastante de ese sitio, para no haber estado nunca allí. —El capitán hizo una pausa, para dar tiempo a Mike de explicarse. Pero Mike no decía nada, así que prosiguió—. Sí, es Stefan, y tenemos razones para creer que Mitzi también vive en el pueblo.

—Nadie se fijaría en una mujer de mediana edad...

—Exacto. —El capitán le alargó el dossier, empujándolo sobre la mesa—. No sabemos qué está pasando, ni por

qué dos delincuentes como ellos están ahí, y por eso necesitamos a alguien que lo averigüe. Y como tú tienes un vínculo con ese sitio, te ha tocado a ti.

—Y yo que nunca me había considerado un tipo con suerte...

Al abrir el dossier, Mike vio que la primera página correspondía a Decatur, el departamento de policía de Illinois. Perplejo, miró al capitán.

—Ahí se explica cómo encontraron a Stefan. Un policía fuera de servicio estaba de vacaciones en Richmond, Virginia, con su esposa, y vio a Stefan y a la chica en una tienda de ropa de mujer. Y averiguó dónde vivían. En cuanto a ti, un hombre con el que trabajaste hace muchos años sabía lo de Edilean y tu hermana. —Mike frunció el ceño, y el capitán no pudo evitar una sonrisa. El secretismo de Mike, su «derecho a la intimidad», como él lo llamaba, podía resultar desesperante. En la brigada antifraude todos salían juntos a tomar unas cervezas, y al final de la noche el capitán ya se había enterado de a quién lo había dejado su mujer y quién salía con alguna «busca-polis», y también de quién estaba teniendo problemas con algún caso. Pero Mike nunca contaba nada. Se expresaba como los demás cuando se trataba de explicar sus sesiones de entrenamiento, lo que comía, o incluso de contar detalles sobre su coche. Parecía que hablaba mucho de sí mismo, pero al día siguiente el capitán se daba cuenta de que no había descubierto nada personal sobre él.

Cuando el asistente del fiscal general del Distrito Sur de Florida le llamó para decirle que creían que uno de los delincuentes más conocidos de Estados Unidos podía esconderse en Edilean, Virginia, y que la hermana de Mike Newland vivía ahí, al capitán casi se le atraganta el café. Habría apostado dinero a que Mike no tenía ni un solo pariente en el mundo. De hecho, ni siquiera estaba seguro de que su subordinado hubiera tenido novia alguna vez. Nunca traía a ninguna chica a los actos de la brigada y, que él supiera, nunca había invitado a ninguna a sus apartamentos, en los que no vivía más de seis meses. Pero lo cierto era que Mike

era el mejor miembro de la policía secreta que habían tenido. Tras cada caso, debía esconderse hasta que toda la gente a la que había descubierto entraba en prisión.

Mike cerró el dossier.

—¿Dónde tengo que ir, y qué tengo que hacer?

—Queremos que la salves.

—¿A Mitzi? —preguntó, sinceramente horrorizado—. ¿Para que puedan juzgarla?

—No, a Mitzi no. A la chica. Claro que queremos que encuentres a Mitzi, pero también queremos que protejas a esa tal Sara Shaw. Una vez que los Vandlo le saquen lo que quieren, ya nadie volverá a verla con vida. —Hizo una pausa—. Mike...

Mike miró fijamente al capitán.

—Si es cierto que tu hermana vive allí, y ellos llegan a saber de ti...

—No te preocupes —dijo Mike—. En este momento Tess está en Europa, de luna de miel. Le pediré que no regrese al pueblo con su flamante marido hasta que todo esto se solucione de una manera o de otra.

El capitán abrió entonces otra carpeta y extrajo de ella la fotografía grande de una mujer morena, de ojos castaños. Era de una belleza extraordinaria. En la imagen aparecía de pie, junto a un semáforo, esperando a que se pusiera en verde, y un viento suave le pegaba la ropa a la piel. Tenía un tipo que cortaba el aliento.

—¿Así es tu hermana? ¿En serio?

Mike apenas le echó un vistazo.

—Solo en sus peores días.

El capitán parpadeó varias veces.

—Está bien. —Colocó entonces una foto de Sara Shaw sobre la mesa. La joven tenía el rostro ovalado, el pelo claro, y llevaba un vestido blanco que le daba un aspecto tan dulce como el de la hermana de Mike, o mejor dicho, tentador—. No es el tipo habitual de Vandlo.

Mike levantó la fotografía y se dedicó a estudiarla. No tenía intención de contarle al capitán que sabía bastante sobre Sara Shaw. Era una de las dos mejores amigas de su

hermana, que no era poco, porque Tess tenía una lengua afilada que ahuyentaba a mucha gente. Pero, desde su primer encuentro, Sara había mirado más allá de las duras palabras de Tess, y de su extraordinaria belleza, y había visto a la persona que había debajo.

—¿La conoces?

—No la he visto nunca, pero he oído hablar de ella. —Dejó la foto sobre la mesa—. Así que nadie tiene ni idea de lo que los Vandlo están haciendo en Edilean.

—Hemos investigado mucho, tanto a distancia como in situ, pero nadie ha sacado nada en claro. Se trate de lo que se trate, la señorita Shaw parece encontrarse en el centro de todo. ¿Es rica y nadie lo sabe? ¿Está a punto de heredar muchos millones?

—No, que yo sepa. Acaba de abrir una tienda con... —Su hermana lo mantenía al día de los chismes de Edilean, pero no era fácil acordarse de todo. Ahora, en cambio, le parecía que todo lo que le había contado era de vital importancia—. Con su prometido, Greg Anders. Tess no soporta a ese tipo, dice que desprecia a todo el que no le compra algo. Pero mi hermana le lleva toda la contabilidad a Sara, o sea que debe de haberse asegurado de que nadie la endeude.

—Sí, es muy propio de los Vandlo. —El capitán vaciló—. ¿Tu hermana se ocupa de las finanzas de la gente? —Lo dijo en un tono que no dejaba lugar a dudas: le costaba creer que una mujer tan guapa fuera también inteligente.

Mike no se molestó siquiera en responder. Conocía bien la curiosidad del capitán por su vida privada, y no pensaba revelar nada.

—O sea, que lo que quieres es que atrape a esos delincuentes, pero al mismo tiempo tengo que alejar a la encantadora señorita Shaw de Stefan Vandlo, ¿no es eso? ¿Y debo limitarme a seguirlos y a observar? ¿O tengo que hacer algo más?

—Tienes que hacer lo que haga falta para preservar su vida. Creemos que Stefan matará a Sara en cuanto obtenga

lo que quiere de ella, y lo que parece querer con más ahínco es casarse con ella.

—Mi intuición me dice que como los vestidos que venden en la tienda son caros, Sara debe de tener acceso a muchas casas ricas. Tal vez a los Vandlo les interese ver qué hay en ellas.

—Eso creíamos nosotros también, pero Vandlo ya tiene acceso a esas casas desde que están prometidos, y sin embargo no se ha denunciado ningún robo. Tiene que ser algo más gordo, pero nadie tiene ni idea. —El capitán dio unos golpecitos a la carpeta—. Cuando hayas leído todo esto verás que sus delitos van más allá de robar unos cuantos collares. No puede ser de otra manera, si es cierto que madre e hijo están allí. —Bajó la voz—. Creemos que Stefan se ha divorciado de la mujer con la que lleva diecinueve años casado para que su matrimonio con la señorita Shaw sea legal, lo que significa que heredará todo lo que ella posee cuando muera en un supuesto accidente. —Clavó la vista en Mike, expectante—. ¿Seguro que no sabes nada relacionado con Sara Shaw que haya podido llevar a dos de los mayores estafadores del mundo a prepararse tan bien para ejecutar su plan?

—Nada de nada —dijo Mike, sincero—. Los McDowell son ricos, y ahí también vive Luke Connor, pero...

—¿El autor de los libros de Thomas Canon? ¡Los he leído todos! ¡Eh! ¡Podrías pedirle que me firmara un ejemplar!

—Sí, claro, ningún problema. Me haré pasar por un turista que se ha perdido.

El capitán volvió a ponerse serio.

—Una conexión demasiado lejana. Vas a tener que usar tu vínculo con tu hermana, con el pueblo, cualquier cosa a la que puedas recurrir, para acercarte lo bastante a esa chica y disuadirla de que se case con Stefan. No queremos que ese tipo pueda llegar a heredar lo que es suyo. Y tienes que hacerlo ya, porque la boda es dentro de tres semanas.

Mike lo miró, incrédulo.

—¿Y qué se supone que debo hacer? ¿Seducirla?

—Nadie te pediría algo así si no creyéramos que eres capaz de hacerlo. Además, si no recuerdo mal, ya has tenido éxito con varias mujeres. Estuvo aquella chica de Lake Worth. ¿Cómo se llamaba?

—Tracy, y era horrible. Esta es guapa. ¿Cómo la trato?

—No lo sé. Trátala como a una dama. Cocina para ella. Retírale la silla para que se siente. A las mujeres les gusta que las traten con caballerosidad. Estoy seguro de que así fue como la conquistó Vandlo. Y, antes de que me lo preguntes, te diré que no, que no puedes secuestrarla, ni disparar a Stefan. Esa joven, Sara Shaw, tiene que quedarse ahí para ayudarnos a averiguar qué es lo que quieren esos dos. —El capitán sonrió con malicia—. Lo hemos organizado todo para que Stefan tenga que ausentarse antes de la boda. Le hemos creado un problema familiar que no ha podido ignorar.

—¿Qué problema?

—Aunque se ha divorciado de su mujer, sabemos que sigue unido a ella. Así que la hemos detenido acusándola de conducir superando la tasa permitida de alcoholemia. No ha sido difícil. Ha bebido bastante desde que Stefan la dejó, o sea que la pillamos una noche, y ahora se enfrenta a una pena de cárcel. Dejamos que lo llamara por teléfono de madrugada y, como esperábamos, Stefan acudió de inmediato. Si nos da algún problema, lo encerraremos hasta que se calme. —El capitán volvió a sonreír—. No sé qué le habrá contado a su prometida para justificar que haya salido disparado al auxilio de su exmujer.

Mike ya había empezado a cerrar el termo, y seguía pensando en cómo iba a hacer para cumplir con su misión.

—Dudo que un mentiroso como Vandlo le haya contado nada de su exmujer.

—Más tarde o más temprano, tendrás que contarle la verdad a la señorita Shaw, y eso será un punto a tu favor. Hagas lo que hagas, tendrás que hacerlo deprisa —insistió el capitán—. Y no olvides en ningún momento que esa joven sería la cuarta en desaparecer tras relacionarse con Stefan Vandlo. Usando un nombre falso, a las otras tres les qui-

tó todo lo que tenían. Y después todas «desaparecieron», y a Vandlo no lo encontraba nadie.

—Sí, ya lo he leído —dijo Mike—. Y de no haber sido por algunas vagas descripciones de testigos, no sabríamos quién es.

—Exacto, porque Stefan no dejó ni rastro, ni una sola huella. Y todos conocemos las reglas: sin pruebas no hay condena. A mí, personalmente, me gustaría detener a ese tipo ahora mismo, pero los mandamases quieren que llevemos a cabo una operación secreta, para atrapar también a la madre. Si pillamos al hijo, Mitzi empezará a recurrir a sus sobrinos. Ella es el cerebro, así que debemos ponerla fuera de juego. Para siempre.

Mike consultó la hora.

—Tengo que pasar un instante por mi apartamento a recoger unas cosas, y ya puedo irme...

—Esto, Mike... —dijo el capitán a modo de disculpa—. Creo que no debes de haber leído la prensa local en las últimas dos horas. Hay otra cosa que tienes que saber.

—¿Qué ha ocurrido?

El capitán recogió los últimos documentos que quedaban sobre la mesa, y se los entregó.

—Lo siento mucho.

Al abrir la carpeta, Mike vio la copia escaneada de un artículo de periódico. APARTAMENTO INCENDIADO, rezaba el titular. LAS AUTORIDADES HABLAN DE COLILLA MAL APAGADA.

La ira de Mike iba en aumento a medida que se fijaba en la foto. Se trataba de su edificio de seis plantas, y las llamas salían de la esquina del cuarto piso, el suyo.

Colocó el papel junto al resto, antes de alzar la vista para mirar al capitán.

—¿Quién lo ha hecho?

—Los federales dicen que debe de haber sido... Déjame que lo compruebe. No quiero poner en boca de nadie cosas que no ha dicho —declaró en tono sarcástico mientras extraía una hoja de papel— «Un accidente fortuito», lo llaman. Es decir, que para ellos es una suerte. —El capitán lo

miró con ojos comprensivos—. Lo siento por ti, Mike, pero quieren que llegues allí limpio del todo. Tu historia es que tu apartamento se ha incendiado y tú has decidido tomarte ahora las vacaciones que tanto necesitabas y descansar de la policía. Tiene sentido que, como el apartamento de tu hermana está vacío, te instales allí. Se supone que es casualidad que ella viva en la misma finca que la señorita Shaw. Nosotros... ellos, quieren que mientas lo menos posible. Ah, sí, casi me olvidaba. —Se metió la mano en el bolsillo, sacó de él una BlackBerry nueva y se la entregó—. Stefan ya nació robando, o sea que cuando os conozcáis te quitará el móvil. No quiero que encuentre en él números que te comprometan. Mientras estés en Edilean solo podrás ponerte en contacto con nosotros a través de tu hermana. ¿Le parecerá bien a ella?

—Sí, seguro —respondió Mike, que volvió a prometer que le pediría a su hermana que no regresara. Aquel caso debía de ser muy serio, porque en caso contrario no habrían incendiado su apartamento. No se lo había contado a nadie, pero Tess llevaba años enviándole cosas que Sara horneaba, y a él le parecía que alguien que preparaba unos postres tan deliciosos merecía salvarse.

Al ver que no añadía nada, el capitán habló.

—Siento lo de tu ropa. —Todos sabían que a Mike le gustaba vestir bien—. ¿Qué has perdido?

—Nada importante. Las cosas que tienen algún valor para mí me las guarda Tess en un contenedor, en... —vaciló—. En Edilean.

—Te aconsejo que no te acerques hasta él. —El capitán quería relajar un poco el ambiente—. Una vez más, siento lo de tu apartamento. He estado a punto de ofrecerte voluntario para cuidar de tu pez.

Mike ahogó una risa mientras se levantaba. Él no tenía pez, ni perro. Ni siquiera un domicilio permanente. Desde que, a los diecisiete años, se había ido de casa de sus abuelos, vivía en apartamentos amueblados de alquiler.

Clavó la vista en el camino asfaltado que serpenteaba por el parque. Saldría a correr un poco, lo necesitaba, y